

La asociación María Salus Infirmorum, en colaboración con la ONG ONAY, ha llevado a diecisiete cooperantes a Kiongwani, Kenia. Los voluntarios han prestado atención sanitaria, colaborado en proyectos de desarrollo, e impartido clases a niños y adolescentes

El verano más solidario, en Kenia

GONZALO ARALUCE
Pamplona

Despertarse a las seis de la mañana, con el primer rayo de sol. Acudir al pozo y traer el agua que se va a necesitar durante el día. Pastorear las famélicas vacas en pastos en los que no ha llovido en tres años y medio. Comer lo suficiente para tenerse en pie un día más y continuar con la labor que el padre ausente, empleado en la ciudad, no puede llevar a cabo. Con el último rayo de sol se encierra al rebaño, y con suerte, quedan unos minutos para jugar con los demás hermanos de una familia numerosa. Este es el día a día de un niño de Kiongwani, Kenia.

La asociación María Salus Infirmorum, de Artica, Berrioplano, ha trasladado en el mes de julio a diecisiete cooperantes al corazón de África, en colaboración con la ONG navarra ONAY. El grupo estaba compuesto por siete estudiantes de medicina de la Universidad de Navarra, tres miembros de la asociación, un concejal de Artica, y seis voluntarios de Figueuelas, Zaragoza, localidad que también ha colaborado en el proyecto 'Por un futuro más digno'.

Kiongwani es la región escogida por esta asociación para lle-



Los cooperantes de María Salus Infirmorum y de la ONG Onay, en Kiongwani, Kenia.

CEDIDA

var a cabo su proyecto de desarrollo. El territorio cubre una amplia extensión, seca en su gran mayoría, de unos 30.000 habitantes, y en los que la ganadería y el cultivo son las actividades fundamentales.

“Llevamos allí siete años, y nos hemos preocupado de darles agua, electricidad, talleres, una granja avícola, un molino, un tractor y un coche”, explica Cecilia Soldevilla Arnedo, una de las organizadoras del plan y

miembro de la asociación. “Cuando llegamos tenían muy poquita cosa, y lo que hemos hecho puede ser irrisorio para quien tiene todas las facilidades, pero que es de vital importancia para ellos”.

Los estudiantes de medicina han tratado de dar charlas informativas sobre cuestiones de higiene, enfermedades de transmisión sexual, y de atender a quienes se aproximaban al dispensario necesitados de atención sanitaria. Isabel Ayechu Díaz, de 20 años, es una de estas cooperantes: “Una chica de allí, Mery, pero que ha estudiado en Europa, nos traducía lo que nos querían decir los pacientes”.

Ayudan muchas manos

La asociación busca fondos para sus proyectos entre diferentes instituciones y particulares: “El ayuntamiento de Berrioplano, algunas fundaciones, y mucha gente anónima nos han ayudado. Un arquitecto de Pamplona, Iñaki Díaz Aguirre, nos ha echado una mano para estructurar los planes”, afirma Cecilia. “El Gobierno de Navarra ha sido muy amable, y nos ha dado una ambulancia para trasladar allí”, añade.

Otro de los pilares de esta asociación lo constituye el apadrinamiento de niños de Kiongwani. A través de este proyecto se ha logrado dotar de educación primaria a 170 estudiantes, de educación secundaria a otros 27, y se ha instruido a dos maestros, una enfermera y un ingeniero.

ISABEL AYECHU DÍAZ ESTUDIANTE DE MEDICINA EN LA UN

“Me preguntaban si es normal tener ojos verdes”

GONZALO ARALUCE
Pamplona

Esta no es la primera experiencia que Isabel Ayechu, estudiante de medicina de la Universidad de Navarra, vive en relación con el voluntariado en otros países. A sus 20 años ya ha visitado El Salvador, y asegura que tratará de vivir más veranos como este.

¿Qué es lo primero que viste al llegar a Kiongwani?

Llegamos a las 6 de la mañana, todos destrozados por un viaje muy largo y con muchas escalas. Comenzaba a amanecer y vi un niño con uniforme y mochila que iba al colegio. Iba con una sonrisa de oreja a oreja, feliz por ir a clase. Eso no se ve en España.

¿Cómo llega una estudiante de la Universidad de Navarra al corazón de África?

Ya colaboré el año pasado con la ONG ONAY, en El Salvador. Llegué aquí de rebote. Este año iba a volver a Sudamérica, pero en el último momento salió

Kenia, y no lo dudé dos veces.

¿Y qué diferencias has encontrado entre El Salvador y Kiongwani?

En África, el que es pobre, es pobre de verdad. Es un mundo diferente. No habían visto nunca una cámara de fotos, y lo poco que tienen, te lo dan. Además, el año pasado fui sola, sin otros cooperantes. Este año hemos ido un grupo grande y lo ha hecho más divertido.

¿Qué ha sido lo más gratificante de esta experiencia?

Yo trabajaba por las mañanas dando charlas sobre sida, cómo se transmite, y demás. Había una gran desinformación. Pero por las tardes trabajaba en el dispensario o jugaba con los niños de la aldea. Eso era lo mejor. Recuerdo cómo todos jugaban, pero uno me miraba con cara rara. Me preguntó si estaba enferma por tener los ojos verdes. ¡Nunca habían visto a nadie con los ojos verdes!

¿En qué idioma te entiendes con la gente de Kenia?

En inglés. En inglés, sonri-



Isabel Ayechu

CEDIDA

sas y gestos, que es lo más universal. Aunque a veces resultaba complicado, sobre todo cuando estábamos en el dispensario. Llegaban enfermos que no sabían nada de inglés, y no podíamos ayudarles. Nos hacían gestos incomprensibles. Suerte que contábamos con la ayuda de Mery, una keniana que estudió en Europa, cooperante, y nos traducía lo que nos querían decir.

¿Repetirás un verano como este?

Sin dudar. Es una vivencia que recomiendo a todo el mundo. Se puede echar una mano de mil maneras, no hay por qué haber estudiado medicina. Cualquier cosa que les des, es mucho para ellos.